

## CAPÍTULO 6. LA ECONOMÍA COMO DISCIPLINA CIENTÍFICA

### 3.1. Elementos diferenciadores de la Economía

En la revisión de la evolución seguida por la Metodología de la Ciencia, presentada en capítulos anteriores, se ha puesto de manifiesto que las dos grandes expectativas asociadas con la actividad científica que la hacían más valiosa de cara a la sociedad -consecución de conocimiento objetivo y capacidad de predecir con éxito- sólo en parte eran realizables. El conocimiento objetivo puro se demostraba que era difícilmente alcanzable. Pero eso no parecía constituir un gran handicap si se mantenía la capacidad de generar predicciones exitosas. Bastaba con tener representaciones conceptuales que fueran útiles en conseguir una buena actividad predictiva aunque pudieran aparecer dudas respecto al carácter objetivo del esquema propuesto.

En la Economía estas conclusiones siguen siendo aplicables pero con determinadas matizaciones que conviene comentar. Vamos a ver en esta sección que las dudas respecto a la posibilidad de alcanzar la objetividad en el conocimiento todavía están más justificadas en la Economía por las características del objeto del que se ocupan los economistas. Pero, aún siendo relevante, esto no es lo más importante; lo más importante se refiere a que muchos opinan que la Economía no puede predecir con una calidad mucho mayor que la que lograría cualquier persona de la calle con conocimientos elementales de economía. En esto difiere de las ciencias naturales en donde, como ya hemos comentado, el grado de satisfacción con lo logrado predictivamente parece dejar satisfechas las aspiraciones más exigentes.

Eichner(1983), resume en cuatro puntos las diferencias que, según él, existen entre la Economía y las ciencias naturales. El primer punto se refiere a la **imposibilidad de predecir el comportamiento humano**. Sobre este punto escribe lo siguiente: “Uno puede argumentar que la respuesta del individuo a cualquier situación nunca puede ser predicha con exactitud, por lo que no pueden tomarse en consideración los contrastes utilizados por las ciencias naturales para validar sus teorías”.

El segundo de los puntos se refiere a la **multiplicidad de factores** que influyen sobre el comportamiento social de un individuo o de un grupo,

que hace difícil su control y modelización. “Considerando la multiplicidad de fuerzas que influyen en el comportamiento de un grupo, uno puede todavía argumentar que, en la economía, no pueden utilizarse los contrastes que son el elemento distintivo de las ciencias naturales”.

El tercer punto se refiere a la complejidad de los fenómenos estudiados, consecuencia del carácter dinámico de los mismos. “Tenemos también **el carácter dinámico**, interactivo de mucho de lo que acontece en la esfera económica...Es posible argumentar que los fenómenos económicos nunca se lograrán explicar adecuadamente con el tipo de funciones simples que los economistas son capaces de incorporar en sus modelos”.

Por último, está el **carácter cambiante y móvil** del objeto que se estudia. “Finalmente, llegamos al problema más importante de todos que es el que el sistema económico-social que es objeto de estudio, no es algo inmutable, sino que está en continua evolución a lo largo del tiempo”.

Por su parte, Dow (1985) hace referencia a los siguientes cuatro puntos para diferenciar a la economía de las ciencias naturales.

1. Fuentes de Información.
2. Significado de Contexto Histórico.
3. La presencia del propósito en la toma de decisiones por parte de los agentes.
4. El principio de comprensión.

Respecto a las **fuentes de datos**, hay, al menos, dos hechos que diferencian a la economía de las ciencias naturales: el primero se refiere a que los hechos son generados y recolectados en un marco no experimental; el segundo hace referencia a que, en general, los datos son recogidos y sistematizados por agentes diferentes a los que los utilizan en el proceso científico.

El segundo punto se refiere al papel que, en la formulación de las teorías tiene el **contexto histórico**. Las teorías tratan de explicar el comportamiento seguido por determinados agentes situados dentro de una determinada red de relaciones sociales, políticas y psicológicas que

condicionan el funcionamiento del objeto estudiado. Dow escribe: “El contexto histórico en el que las teorías son contrastadas es necesariamente diferente al contexto en el que se formularon las teorías. Una ciencia social como la economía debe incorporar el cambio estructural en sus teorías, o, al menos, conseguir una medida de cambio estructural para adaptar las teorías y predicciones al entorno de contraste. El objeto estudiado por la mayoría de las ciencias físicas no cambia históricamente (la medicina es un contraejemplo), mientras que las instituciones y conducta económicas sí que cambian históricamente”.

Dow, señala dos consecuencias de este papel del contexto histórico. Primero, el alcance de leyes universales en economía se restringe por la forma como el sistema económico evoluciona a lo largo del tiempo. La mayoría de las formulaciones de carácter general, deben condicionarse al entorno en el que se formularon. Para dar cuenta de la dimensión causal es necesario no solamente explicar la reacción a la causa inicial sino también a como reacciona al cambio estructural.

La segunda de las consecuencias es que el papel del contexto puede hacer más fácil la aplicación de aproximaciones como la de Kuhn en economía.

El tercer punto de diferenciación radica en el hecho de que lo que el economista trata de explicar son acciones que son el resultado de un propósito o que son volitivas y no realidades pasivas como las que corresponden a las ciencias físicas. Esto implica, en primer lugar, que la capacidad de experimentar queda muy reducida y, en segundo lugar, es difícil tipificar el comportamiento de los agentes en un reducido grupo de axiomas que caractericen el hombre económico. La representación de los seres humanos como siguiendo un conjunto de normas fijadas determinísticamente parece entrar en conflicto con la idea tan extendida de que la naturaleza humana es una mezcla de pautas de comportamiento estables unidas a un cierto elemento de creatividad que ese conjunto de normas no logra abarcar. Pero si la economía pretende ajustarse a los criterios tradicionales de la ciencia, los axiomas reduccionistas que describen las pautas estables de comportamiento deben formularse.

Por último, está el llamado principio de comprensión que se refiere a la capacidad del economista de tener un conocimiento del comportamiento humano a partir de la introspección. El físico no tiene un

conocimiento innato del objeto que estudia que se pueda comparar con el que tiene el economista. En realidad, si toman los resultados de la introspección como verdaderos, entonces la economía supera el problema de la inducción.

Cuando Machlup(1955) aborda este tema de las diferencias entre la economía y las ciencias naturales, escribe lo siguiente: Esta, verdaderamente, es la diferencia esencial entre las ciencias naturales y las ciencias sociales: el que, en las últimas, los hechos, los datos de observación, son en sí mismos resultados de interpretaciones de acciones humanas por agentes humanos. Y esto impone sobre las ciencias sociales un requisito que no afecta a las ciencias naturales, el que todos los tipos de acción que son utilizados en los modelos abstractos constituidos para el análisis sean “comprensibles” para la mayoría de nosotros en el sentido de que podríamos imaginar un hombre actuando en la forma indicada por el tipo ideal en cuestión”.

Finalmente, el último punto de vista que vamos a considerar es el de Hutchison (1977). Las diferencias entre los dos tipos de ciencias las describe de la siguiente manera: “Cuando uno intenta profundizar en las diferencias de materia entre las ciencias naturales y las ciencias sociales, resulta evidente que hay varios enfoques para describir estas diferencias de forma que podrían sintetizarse en una gran diferencia, que puede ser vista desde diferentes ángulos. Dificultades en la cuantificación, heterogeneidad, la ausencia de constantes, la “apertura” o complejidad de la materia de los sistemas económicos y sociales a lo que podría ser llamada la dimensión histórica e institucional( que implica la existencia solamente de tendencias y no de leyes), estos son todos diferentes aspectos o formas de descubrir las diferentes características del material de las ciencias sociales en contraste con el de las ciencias naturales. Las diferencias pueden ser sólo de grado pero pueden llegar a tener tal importancia que determinen una diferencia muy marcada”. Las consecuencias de estas diferencias también son analizadas por Hutchison y su postura queda recogida en el siguiente párrafo: “Hay, sin embargo, generalizaciones útiles en la economía y las ciencias sociales que son descritas mejor como tendencias ya que, en general, no son tan precisas ni tan contrastables como las leyes propiamente dichas. Tendencias, y no leyes, es lo que el material de la economía y las ciencias sociales parecen proporcionar o han proporcionado hasta el momento...A falta de leyes, todo lo que los economistas tienen son

tendencias y deben procurar sacar el máximo de ellas”. Estas reflexiones son muy importantes porque orientan al economista sobre el tipo de resultados a los que puede aspirar y, aquellos otros, que aunque sería deseable disponer de ellos, el tipo de objeto que estudia el economista lo hace imposible.

Vamos a terminar esta sección haciendo un resumen-síntesis de lo que, a la vista de lo comentado, entendemos que son las diferencias relevantes entre la economía y las ciencias naturales.

El primer hecho a destacar es que la Economía es una **disciplina social** por lo que el objeto que estudia hace referencia a la actividad de las personas. Eso supone que, en primer lugar, el investigador puede ponerse en el lugar del agente cuya conducta es objeto de estudio y entender las motivaciones que subyacen a esa conducta. Es el llamado Principio de Comprensión y esto parece abrir nuevas vías para aproximarse a la realidad que están vedadas a los practicantes de las Ciencias Naturales.

En segundo lugar, el **tipo de regularidades** que se estudian en Economía son diferentes a las que se estudian en las Ciencias Naturales. Nadie duda de que la conducta humana está determinada por ciertas pautas estables de comportamiento que pueden ser objeto de tratamiento científico. Pero las leyes que gobiernan el comportamiento humano son diferentes a las que gobiernan el comportamiento de los objetos físicos. El marco de factores determinantes es mucho más complejo. Pese a ello, el economista intenta modelizar con esquemas simples dicha complejidad. Intenta identificar los factores relevantes que son los que, de forma explícita, aparecen en el modelo; el resto de los factores se consideran como un residuo irrelevante que no recibe una identificación individualizada. La consecuencia de lo anterior, es que las leyes que formulan los economistas pueden tener un carácter más inestable y móvil ya que lo que en un momento es irrelevante, en otro diferente puede pasar a ser relevante. La consecuencia de estas diferencias es que las leyes que se estudian en Economía suelen ser leyes probabilísticas que no mantienen la estabilidad que corresponde a leyes como la de la gravedad u otras similares en la Física o la Química.

Y, en tercer lugar, y seguramente como consecuencia de los dos puntos anteriores, la **experimentación** apenas puede utilizarse para estudiar científicamente los fenómenos económicos. Dada la complejidad de estos

fenómenos y el papel que juega la dimensión subjetiva resulta muy difícil, en muchos casos imposible, diseñar un marco en el que se controlen los diferentes factores que afectan el comportamiento de un agente. Las consecuencias de esta ausencia de experimentación son de diferente tipo pero la más importante, sin duda, se refiere a las fuentes de datos. Los practicantes de las Ciencias Naturales generan sus propios datos y los utilizan en la validación de teorías en el marco experimental. En el campo de la economía, el científico cuando va a contrastar la validez de las teorías, utiliza datos que han sido generados y recogidos por otros agentes pensando en objetivos diferentes al del contraste. Esta es una diferencia importante porque afecta a la calidad de los datos, a la disponibilidad de los mismos en el momento requerido, etc. ...

## **6.2 Consecuencias de la Singularidad de la Economía**

Por lo comentado en la sección anterior, parece haber pocas dudas de que la Economía es diferente. Y lo es, principalmente, por las características del objeto del que se ocupa. Es diferente porque, al ser una ciencia social, el investigador cree entender los ingredientes del fenómeno de una forma diferente a como lo hace un practicante de las ciencias naturales; de ahí, el principio de comprensión. Es diferente porque las versiones simples que se proponen para dar cuenta del funcionamiento de la realidad no son estables. Y es diferente porque dadas las características del objeto, la experimentación resulta, en general, impracticable y eso impide distinguir lo que es relevante de lo que no lo es e individualizar los efectos entre parejas de variables.

Dando por supuesto que la Economía es diferente, muy diferente dirían algunos autores, por qué no pensar que los economistas, metodológicamente, no tienen que hacer cosas diferentes a las que hacen otros científicos, como los físicos u otros seguidores de las ciencias naturales. Al menos, dos tradiciones metodológicas pueden distinguirse dentro de la economía motivadas, sin duda, por las peculiaridades a las que hemos hecho referencia. Estas dos corrientes serán estudiadas en el capítulo siguiente y las llamaremos *milliana* y *positivista*. La primera tradición tiene un peso mayor en los orígenes de la economía, especialmente en el siglo XIX, y es la que trata de diferenciar metodológicamente a la economía. La segunda tradición está próxima a los principios de la línea lógica, de lo que se entiende es el método de las ciencias naturales. Dentro de las dos

tradiciones, muchos economistas desarrollan, cómodamente, su actividad científica sin plantearse ninguna cuestión ni duda desde el punto de vista metodológico. Pero, al lado de estos, existe un grupo de autores para los que la práctica científica de los economistas les plantea serias cuestiones poniendo en duda incluso que lo que hacen los economistas sea realmente ciencia(Eichner(1983)). Otros piensan que los economistas nunca han hecho lo que parecen aceptar como reglas metodológicas, pero esta práctica no se valora negativamente (McCloskey(1983)). Por último, hay un grupo de autores para los cuales hay varios conceptos de ciencia y, según el concepto que se tome, la economía resulta ser una disciplina científica o no.

Comencemos con McCloskey(1983). Sus primeros ataques están dirigidos contra el monismo metodológico en torno a un código de normas que oriente la actuación de los científicos..... “porque la metodología que describe este código no describe las ciencias que, en su momento, se pensaba que describían como la física y las matemáticas; porque la física y las matemáticas no son buenos modelos para la economía, porque este código es visto con ciertas reservas por los propios filósofos de la ciencia, porque la ciencia económica se hubiera paralizado si, de hecho, el código se hubiera aplicado y, porque y esto es lo más importante, la economía debe derivar sus estándares de razonamiento a partir de ella misma y no a partir de la legislación de los filósofos”. Para este autor la metodología en torno a un código de normas es el **modernismo** y lo caracteriza con once puntos. Es lo que anteriormente hemos caracterizado como línea lógica para lo cual basta con citar algunos de estos once puntos:

1. La predicción y el control es el fin último de la ciencia.
2. Solo las implicaciones observables (o predicciones) de una teoría importan para su verdad.
3. La introspección, las creencias metafísicas, la estética y principios similares pueden ser tenidos en cuenta a la hora de explicar como surge una hipótesis pero no a la hora de justificarla.

.....

Examinando el modernismo, **McCloskey** dice que los principios en los que se apoya no son aceptables ni siquiera desde el punto de vista filosófico; que estos principios no han sido seguidos ni por los físicos ni por los practicantes de las ciencias naturales; que los economistas se han visto deslumbrados por una metodología de este tipo en torno a un código de normas pero que, afortunadamente, no han seguido sus principios. Finaliza proponiendo una alternativa metodológica en torno a la **retórica**.

Veamos algunos de los párrafos que mejor ilustran la postura del autor respecto a estos puntos. “El Modernismo esta obsoleto dentro de la filosofía. El positivismo lógico y el falsacionismo están muertos. Algunos filósofos dudan acerca de que la filosofía pueda proporcionar algún tipo de fundamentación epistemológica del conocimiento. Muchos más dudan acerca de las prescripciones de la metodología modernista”

“El modernismo, en si mismo, es imposible y no es seguido. El conocimiento científico no es diferente de cualquier otro tipo de conocimiento. Intentándolo hacer diferente es la muerte de la ciencia. No hay nada que ganar y mucho que perder adoptando el modernismo en la economía. Cualquier método es arrogante y pretencioso. Las objeciones comentadas al método modernista no son las más importantes. La objeción más importante es que el modernismo es un método. Además, las otras ciencias no siguen el Modernismo”.

Respecto a la economía se pronuncia de la siguiente manera: “El modernismo es influyente en economía no porque sus premisas hayan sido examinadas cuidadosamente y juzgadas como buenas. Se trata de una religión revelada, no razonada. Pero la práctica de la economía no es una ciencia en línea con el concepto de ciencia que se nos ha enseñado”. McCloskey no cree que esto haya sido malo para la economía. Si la economía se hubiera empeñado en aplicar estrictamente el código de normas se habría paralizado en un momento u otro.

Para McCloskey, la solución a esta situación es la consideración de la economía como si fuera una retórica, entendiendo esta como “El arte de probar lo que los hombres creen que deben de creer, en lugar de probar la verdad con métodos abstractos”. Termina su trabajo formulando una serie de recomendaciones para lograr lo que podría considerarse como una “buena retórica”.



La posición de Eichner (1983), puede resumirse de la siguiente manera: lo que los economistas piensan acerca de lo que es el método científico correcto es la práctica asociada con la aplicación del código de normas que definían la línea lógica, versión empirista. Los economistas no logran alcanzar estándares satisfactorios cuando aplican estas normas, especialmente cuando se trata del contraste empírico de las teorías; la economía carece de procedimientos empíricos concluyentes que permitan rechazar o aceptar teorías a la luz de la evidencia disponible. Por lo tanto, concluye Eichner, la economía no es todavía una disciplina científica. Veamos, a continuación, algunas ilustraciones tomadas del mismo Eichner. “Lo que se quiere indicar con el término ciencia en los ensayos que siguen es un conjunto de teorías coherentes para las que hay un mínimo de soporte empírico. Desgraciadamente, adoptando estos estándares la economía no es todavía una ciencia y la situación no variará por muchas pruebas matemáticas adicionales que se añadan. Es la relevancia empírica y no el rigor matemático lo que hoy falta en la economía. Sin relevancia empírica, la economía no puede esperar convertirse en una ciencia”.

En un párrafo posterior insiste: “¿Por qué, verdaderamente, la economía no es todavía una ciencia en el sentido de representar un cuerpo de conocimiento que crece de forma acumulativa a lo largo del tiempo y que tiene algún valor para enseñar a los hombres y mujeres sobre cómo son los asuntos prácticos de cada día?. Una respuesta es que los economistas se han negado a aplicar en su propio trabajo las reglas epistemológicas que los científicos siguen normalmente para evitar caer en el error. En particular, los economistas no parecen tomar en serio el principio según el cual toda teoría debe ser confirmada empíricamente.

Los resultados de esta falta de observar las reglas de la ciencia son demasiado obvios. La economía es una disciplina que consta de un conjunto de teorías que no tienen ningún fundamento en la realidad. En realidad, la teoría es poco más que un conjunto de deducciones derivadas a partir de un conjunto de axiomas de carácter metafísico y, por tanto, no científicos”.

Pero Eichner va más allá y pretende encontrar las causas de un situación tan especial como la descrita. En principio, destaca un hecho que considera fundamental y es la asociación que se ha hecho entre el rigor matemático y la validez científica de una disciplina, en este caso la

economía. “Los economistas, como grupo, han adoptado el criterio de que las pruebas formales o matemáticas son enteramente suficientes para establecer la validez de una teoría en lugar de ser meramente necesarias.....Aquí no se hace ninguna objeción al uso de las matemáticas o, incluso, a la matematización de la economía. Se trata, más bien, de cuestionar el uso inadecuado que, de las matemáticas, se ha hecho en economía y, en particular, de la forma en que se han usado las matemáticas para proporcionar una fachada pseudocientífica a un cuerpo de teoría que no cumple ninguno de los requisitos empíricos por los cuales se distingue una ciencia de la mera superstición o la ideología pura y dura”.

¿Cómo es posible que se pueda perpetuar una situación tan paradójica como esta?. Para Eichner la respuesta es clara: los economistas pretenden mantener el núcleo neoclásico con independencia de su relevancia empírica, para lo cual la retirada al formalismo matemático les resulta sumamente útil porque les brinda la apariencia científica que precisan. Y, ¿por qué esta insistencia en mantener el núcleo neoclásico?. También tiene respuesta para esta pregunta:... “se ha reconocido que el papel de la economía dentro de la sociedad no es tanto el proporcionar un explicación de cómo el sistema económico realmente funciona-en verdad, para esta finalidad es ampliamente inútil- sino el proporcionar un soporte a un conjunto de ideas que han desempeñado un papel importante en el desarrollo histórico de la civilización occidental”.

Hay un último grupo de autores para los que no hay un solo concepto de ciencia y, dependiendo del concepto que se adopte, la economía resulta ser una disciplina científica o no. Por ejemplo, Canterbury y Burkhardt(1983), distinguen dos sentidos completamente diferentes para entender el concepto de ciencia. El primero, es el relacionado con lo que hemos llamado corriente lógica. Según vimos, para esta corriente la ciencia está constituida por proposiciones que son objeto de contraste empírico, no falsadas que forman un todo coherente desde el punto de vista lógico y que tienen un poder explicativo creciente con el tiempo. Empleando sus mismas palabras: “La esencia de la ciencia es, según la opinión de aquellos economistas que reclaman el carácter científico de la economía, lo que la línea positivista indica. Esta establece una prescripción con carácter normativo que toda buena ciencia debe cumplir. Según esta línea positivista-lógica, la ciencia es empírica, contrastable, sintética y libre de valores”.

Consideran un segundo concepto de ciencia asociado con Kuhn-Lakatos, según el cual la ciencia se desarrolla en torno a un paradigma envolvente con un núcleo central asumido por la mayoría de los científicos en el campo, y que constituye la base para la ciencia normal que ellos habitualmente practican.

La conclusión a la que llegan es la siguiente: ¿Es la economía una ciencia?. Los economistas no siguen en la práctica sus propias instrucciones normativas, por lo que la economía no es una ciencia en términos de los criterios aceptados por ellos mismos como definitorios de lo que es ciencia. Sin embargo, la economía tiene un paradigma y devotos practicantes, por lo que la economía es una ciencia en el sentido de Kuhn de tener un paradigma que abarca la actividad del grupo de economistas”.

### **6.3 Método Científico e Ideología**

Al comienzo de esta sección hemos mencionado las peculiaridades que hacen pensar que, en Economía, las dificultades para mantener un cierto barniz de objetividad son mayores: porque se ocupa de la actividad social de los humanos, porque el objeto que estudia es cambiante y móvil, porque no puede experimentar y, como consecuencia, porque sus fuentes estadísticas son deficientes respecto a las que se manejan en las Ciencias Naturales. Pero hay un factor adicional, en el caso de la Economía, y es el que se refiere al papel que juega el llamado fenómeno ideológico.

La Ideología es una combinación de enunciados valorativos y de enunciados empíricos orientada a condicionar la conducta social. Pretende la movilización de grupos sociales presentando una imagen del mundo con aspiraciones de ser objetiva pero, al mismo tiempo, proyectando los intereses del grupo que la impulsa. La imagen que sostiene a la ideología tiene que ser objetiva porque, de otra manera, no sería creíble y no serviría para orientar las conductas sociales; pero tiene que ser también sesgada para que el grupo que la sostiene vea satisfechos sus intereses. El arte del ideólogo es conseguir este equilibrio difícil entre las dos exigencias que se mueven en dirección contraria. El ideólogo necesita modelos que sean científicos, objetivos y, al mismo tiempo, que le permitan dar cabida a los valores del grupo al que se representa. Esta doble faceta del fenómeno ideológico explica la dificultad de encontrar una definición que sea

universalmente aceptada. Como escribe Katouzian(1982): “La ideología es un concepto astuto o, cuando menos, escurridizo. Puede significar todas las cosas para todos los hombres. Ya hemos hecho notar que, a veces, se le confunde con el mero juicio moral. A veces, se usa sólo para describir las mentiras conscientes; en ocasiones, para referirse a las inconscientes. En algunos casos, se pretende que haga referencia a conspiraciones movidas por grupos de interés; en otros, a las persecuciones que sufren los hombres por fuerzas ciegas sobre las que no tienen ningún control...En realidad, es un concepto que se comporta como una jungla, capaz de dar cabida a todo tipo de cosas, especialmente en el caso de los enfrentamientos entre cuadrillas intelectuales”.

Para llegar a un concepto de ideología, es útil referirse a la distinción entre los sentidos descriptivo y peyorativo de la ideología. En este sentido, Quintanilla(1976), escribe: “Como primera aproximación, podríamos decir que el término ideología, en su uso actual, denota un conjunto de representaciones y connota una deformación de tales representaciones. Consecuentemente, el término se utiliza indistintamente en sentido sustantivo (para denominar un conjunto de representaciones mentales y de formas de conciencia a las que llamamos ideología para distinguirlas de otras a las que llamamos, por ejemplo, ciencia) o en sentido objetivo(para calificar a ciertas representaciones mentales o formas de conciencia como ideológicas, frente a otras que consideraríamos como correctas o no ideológicas).

Rossi (1980), por su parte, escribe lo siguiente: “Descartado el sentido originario pero ya no corriente de ideología como ciencia de las ideas, nos encontramos frente a otros dos usos principales del término, que son además dos concepciones diversas y complementarias de la ideología y de las cuales adoptaremos las orientaciones: la llamada peyorativa de la ideología como pensamiento falso( deformado, engañoso) y la llamada descriptiva de la ideología como visión del mundo y como justificación y promoción de un sistema político..”. Un planteamiento similar puede verse en Trias (1975).

Veamos algunas definiciones de aquellos autores que ponen énfasis en el aspecto peyorativo. Althusser (1961), escribe: “Sin embargo, estas representaciones no constituyen un pensamiento verdadero del mundo que representan. Pueden tener elementos de conocimiento pero se encuentran

siempre integradas y sometidas al conjunto del sistema de representaciones que es necesariamente un sistema orientado y falseado”. Havemann (1967), por su parte, escribe: “En el lugar de la ideología, del engaño de la sociedad sobre si misma, tiene que aparecer la consciencia”. Simon(1974), define la ideología de la siguiente manera: “Se consideraría así como ideología toda reflexión inconsciente, inadecuada e invertida ( en consecuencia, ilusoria, no verdadera) de la práctica social. Sería necesario agregar que la ideología es activa, en el sentido de que también tiene por función justificar una práctica social dada”. La definición de Quintanilla (1976) es la siguiente: “...podríamos decir que la esencia de la formación ideológica es el carácter ahistórico, místico, abstracto o metafísico de las formas ideológicas de conciencia. Precizando más, podríamos resumir estos apelativos ( que aparecen frecuentemente en las obras de Marx) en dos notas que definirían lo típico de la deformación ideológica de la conciencia: **el idealismo** ( o representación de las formas de conciencia como independientes de la práctica material) y **el dogmatismo** ( o representación de las formas de conciencia como eternas e independientes del proceso histórico). El concepto de deformación ideológica sería, por lo tanto, el resultado de la síntesis del idealismo y el dogmatismo como características de determinadas formas de conciencia. El contenido específico, nuevo, del concepto de ideología vendría dado precisamente por la unión de estas dos notas de la conciencia deformada”. Por último, vamos a comentar la posición de Schaff (1976) autor que sostiene que puede haber ideologías verdaderas y falsas dependiendo de la clase social que las sostenga: ... “A partir de esta concepción de la verdad y con este enfoque del problema de la ideología, se pone en evidencia también que se puede hablar de ideologías científicas y anticientíficas.....El conocimiento puede ser adecuado, científico, en el sentido de su verdad, cuando su portador es la clase ascendente, revolucionaria; pero también puede ser deformante cuando su portador es una clase condenada por el desarrollo social, es decir, conservadora”.

Pero hay otro grupo de autores para los que el pensamiento ideológico no es necesariamente falso. Veamos algunos ejemplos comenzando con las definiciones dadas por tres autores que no ponen énfasis en si el pensamiento ideológico es verdadero o falso, limitándose a destacar el carácter funcional del hecho ideológico.

Kolakovski (1970) nos da la siguiente definición: “Por ideología entendemos la totalidad de las concepciones que sirven a un grupo social para organizar aquellos valores que son a la vez la conciencia mistificada de los intereses de ese grupo y el reflejo de su actividad” ... y posteriormente escribe: “El que un fenómeno pertenezca o no al sector de la ideología es algo independiente de su contenido; depende, sobre todo, del modo como los contenidos son aceptados o recusados. Una primera característica esencial de la ideología es su actuación puramente pragmática, la ausencia de motivos intelectuales en la aceptación o repulsa de ciertos factores contenidos en ella ... Una segunda característica es la de que la ideología debe ser oscura y ambigua, pues tiene a la vez que dejar inmutables sus fórmulas el mayor tiempo posible para mantener la fuerza de la fe ... Una tercera característica es la de la existencia de una casta sacerdotal que posee la exclusiva de exponer el contenido exacto de la ideología”.

Hutchison (1971) propone la siguiente definición: “Podemos considerar las ideologías como explicaciones amplias y a gran escala del universo económico, social o político, inspiradas por juicios de valor sobre el mismo, a menudo defendidas apasionadamente y sobre las medidas que deben adoptarse en relación con este mismo universo ... Lo que consideraremos como una de las principales características de la ideología es el entrelazamiento de lo normativo y lo positivo: la forma o apariencia de una teoría o explicación empírica positiva aparece combinada, y es modelada y deformada a fin de que lo respalde (en el caso de algún juicio de valor moral compartido por muchos) con un componente político o ético más o menos latente”.

Por último, Gouldner (1978) se refiere al concepto de ideología de la siguiente forma: “La ideología implica proyectos de reconstrucción pública y exige que sus creyentes apoyen activamente la realización del proyecto y se opongan a quienquiera que lo rechace. Esta llamada de apoyo es ahora justificada formulando una concepción del mundo social, o de una parte o proceso de él”.

“La ideología hace un diagnóstico del mundo social y afirma que es verdadero. Dice poseer un cuadro exacto de la sociedad y afirma (o supone implícitamente) que sus actividades políticas se fundan en ese cuadro ...

Como objeto histórico, la ideología difiere de la religión y la metafísica en que hace de 'lo que existe' en la sociedad una base de la acción”.

“No podemos, pues, perseguir nuestros intereses privados como nuestros intereses, sino que deben ser redefinidos como intereses impersonales de relevancia general ... **Las ideologías ayudarán a transmutar el egoísmo interesado en bienes públicos**”.

“La ideología, pues, es algo contradictorio. Es impulsada hacia la racionalidad por el interés en que se funda, pero este mismo interés limita la racionalidad. Las ideologías se basan en intereses de los que no se puede hablar cómoda y libremente”.

En estas definiciones quedan recogidos los elementos más determinantes del fenómeno ideológico: carácter contradictorio del fenómeno ideológico, pretensión de camuflar los intereses de un grupo social en una imagen del mundo que se presenta con aspiraciones de objetividad y validez universal, pensamiento dedicado a orientar el comportamiento de determinados grupos en una dirección, etc. ...

Lo importante es destacar el carácter funcional de la Ideología. La finalidad de las representaciones que constituyen una ideología no es el de lograr un conocimiento verdadero sino el orientar las conductas sociales. En este sentido deben interpretarse las siguientes expresiones: Mannheim (1941) escribe retomando un párrafo de Droysen: “... el pensamiento, que es reflejo de las cosas, tiende a convertirse en la representación de las cosas como deberían ser”. O, como escribe Rossi-Landi (1980): “... una seudodescripción del presente es empleada para promover un futuro diferente y mejor según ciertos criterios”. Por último, Kolakovski (1970), escribe: “La diferencia entre ideología y ciencia no es una diferencia entre verdadero y falso. La ideología y la ciencia difieren por sus funciones sociales y no por su verdad...La ideología se define por su función, que consiste en organizar valores....La aceptación de una ideología cualquiera no es, por tanto, un acto puramente intelectual, sino una afirmación práctica: es la semilla de una acción...dicho en otras palabras, la función social de la ideología consiste en mantener la fe en los valores necesarios para que el grupo pueda actuar eficazmente”. Y termina con la siguiente imagen: “Como si se tratase de espejismos, las ideologías nos muestran paisajes maravillosos, a fin de incitar a la caravana a hacer un esfuerzo tal

que, con su ayuda se consiga llegar, a costa de inmensos suplicios, a la fuentequilla próxima”.

Otro autor que destaca esta dimensión funcional del fenómeno ideológico es Gouldner(1978): “Al igual que la religión convencional, también la ideología trata de modelar la conducta de los hombres. Pero la religión se concentra en la vida cotidiana y en la conducta apropiada a ella. La ideología, en cambio, no se ocupa tanto de immediateces rutinarias de la cotidiano como de lograr proyectos movilizadotes con un sentido global”.

¿Qué significa todo esto para la empresa científica del economista? El ideólogo busca desesperadamente modelos “objetivos” que le permitan dar cabida a sus aspiraciones normativas. El economista trata de elaborar modelos de la sociedad que se reconozcan como objetivos. La implicación de estas dos premisas es que el economista se va a ver asediado, más o menos explícitamente, por las pretensiones de la Ideología. No le será fácil, en muchas ocasiones, no rendirse a la actividad seductora del ideólogo. Las pretensiones de ser objetivo, que ya vimos que eran difíciles de realizarse para los practicantes de las ciencias naturales, todavía tienen mayor dificultad cuando se trata de elaborar modelos del funcionamiento de una economía. El economista siempre estará bajo sospecha de que su modelo está condicionado por la ganga ideológica.

¿Qué pueden hacer los economistas para librarnos de esta amenaza permanente de ser parciales, subjetivos, ideólogos, etc.? En primer lugar, tratar de entender en profundidad el fenómeno del posible maridaje entre lo que llamamos Ciencia Económica y la Ideología. En segundo lugar, tratar de poner todo lo que está a nuestro alcance para que la influencia de lo ideológico quede neutralizada en la mayor medida que se pueda.

Respecto al primer punto se han hecho esfuerzos notables dentro de la Economía para delimitar con nitidez el problema y para esclarecer las claves del mismo. En este sentido, los trabajos de Schumpeter (1968), Myrdal (1970) y Hutchison (1971), marcan un hito en el tratamiento del problema. En estos trabajos se analizan exhaustivamente cuestiones como: qué valoraciones son evitables y cuales no lo son, qué etapas del proceso se ven más afectadas por la influencia del elemento ideológico, en qué partes del proceso residen las mayores posibilidades para frenar el ímpetu ideológico, etc. Un criterio compartido por todos ellos es que no puede pensarse en una eliminación total del condicionamiento de la Ideología



sobre el proceso de elaboración de las teorías económicas. Por muchos esfuerzos que se hagan siempre va a quedar un resto de ideología del que resulta imposible desprenderse.

El primer objetivo del trabajo de Schumpeter (1968), es estudiar la medida en que el componente ideológico ha impregnado las teorías económicas desarrolladas a lo largo de la historia del pensamiento económico. El objetivo lo especifica de la siguiente manera: “Busquemos ahora los elementos ideológicos en tres de las más influyentes estructuras del pensamiento económico, las obras de Adam Smith, de Marx y de Keynes”. Sobre este punto ver también Robinson(1962), Dobb(1973) y Katouzian(1982). Pero las reflexiones de Schumpeter en torno al fenómeno ideológico van más allá. Comienza su ensayo destacando la relevancia de la ideología para la actividad científica: “Pero existen en nuestras mentes preconcepciones sobre los procesos económicos que son mucho más peligrosos para el crecimiento acumulativo de nuestro conocimiento y para el carácter científico de nuestros empeños analíticos porque parecen estar más allá de nuestro control en un sentido en el que no lo están los juicios de valor y los alegatos especiales. Aunque, en su mayor parte, están aliadas con estos, merecen ser separadas de ellos y ser discutidas independientemente. Las llamaremos ideologías”.

Distingue dos etapas en el proceso científico: la primera, es la visión o intuición del investigador y consiste en la percepción de un conjunto de fenómenos relacionados que se desea analizar; la segunda etapa, hace referencia a la construcción del modelo científico en el que se conceptualizan esos fenómenos y se formulan explícitamente las relaciones entre ellos, o bien como hipótesis o bien como teorías. Según Schumpeter, la visión es un acto precientífico pero no preanalítico y... “debe ser realizado para dar a nuestras mentes algo sobre lo que realizar trabajo científico”. La construcción del modelo científico, se lleva a cabo en términos del.. “inacabable toma y daca entre el concepto claro y la conclusión coherente de una parte, y el hecho nuevo y el manejo de su variabilidad, por la otra”.

Para Schumpeter, el momento en que la ideología influye sobre el proceso científico no presenta ninguna duda “...la visión original es ideología por naturaleza y puede contener cualquier cantidad de imaginaciones consecuencia de la situación social del hombre de la manera

en que quiere verse o quiere ver a su clase o grupo y a los oponentes de su propia clase o grupo”. La construcción del modelo, sin embargo, “...permite la exclusión de este tipo particular de imaginación que llamamos ideología porque la comprobación es indiferente a cualquier ideología”.

Sobre la cuestión de si la ganga ideológica queda o no eliminada en la segunda etapa de construcción del modelo, Schumpeter escribe “...esto nos deja aún con el resultado de que siempre quedará alguna ideología con nosotros, y estoy convencido de que así será”.

Myrdal (1970), sostiene que los agentes tienen dos tipos de concepciones acerca de cómo es la realidad: creencias y valoraciones. “Las creencias expresan nuestras ideas acerca de cómo es o fue, en verdad, la realidad, mientras las valoraciones expresan nuestras ideas acerca de cómo debería de ser o haber sido”.

Para este autor, entre las creencias y valoraciones se establece un tipo especial de relaciones que describe perfectamente en el siguiente párrafo. “Una dificultad en la determinación de las valoraciones emana del hecho de que las personas, frecuentemente tratan de ocultarlas. Trata de disfrazar estas valoraciones como creencias sobre la realidad. La gente, en sus opiniones, generalmente subestima las valoraciones asentando sus posiciones como si fueran simples inferencias lógicas de lo que creen cierto acerca de la realidad. Sus opiniones llegan a ser entonces lo que llamamos racionalizaciones.... En este proceso, las valoraciones son objetivadas presentándolas como creencias, o simples inferencias de creencias, que implican esconder aquellas. La gente logra creer lo que quiere creer, lo que sirve a los propósitos del compromiso subyacente de valoración”.

Para Myrdal, este tipo de relaciones impide el que pueda lograrse un conocimiento objetivo libre de valoraciones. La salida que le parece más digna a Myrdal sería llevar a cabo una especie de “striptis valorativo” que, utilizando sus mismas palabras, se concretaría así: “La única forma en que podemos bregar por la objetividad en el análisis teórico es exponer los valores abiertamente, hacerlos conscientes, específicos y explícitos y permitirles determinar la investigación teórica”.

El trabajo de Hutchison(1971), constituye una de las aportaciones más interesantes al tema de determinar el dónde y el cómo el componente

ideológico se cuele en el proceso científico. Este autor distingue claramente entre los juicios de valor que son inevitables con toda actividad científica, y los que, aunque también en ocasiones están presentes, no tienen esa nota de inevitabilidad. Entre los primeros, estarían los juicios asociados con la elección del problema a estudiar, en la elección o adopción de los criterios o reglas de procedimiento mediante los cuales se han de estudiar los problemas.

Por lo tanto, a las razones que los practicantes de las Ciencias Naturales aducían para explicar la imposibilidad de lograr una objetividad plena los economistas añaden el acecho de la coartada ideológica. Las sospechas de subjetivismo, de relativismo, de falta de objetividad, en suma, se multiplican y grandes nubarrones se ciernen sobre la pretendida científicidad de la práctica de los economistas. A los practicantes de las Ciencias Naturales les quedaba el éxito en la predicción. ¿A qué tabla de salvamento podrán agarrarse los economistas?. En la Sección 3 del próximo capítulo volveremos a retomar este tema.

## 6.4 Complementos

- **Bunge (1982)**, tras analizar diferentes aspectos relacionados con el método en economía, en el Capítulo 8 que titula, “¿Ciencia o Semiciencia?”, puede leerse lo siguiente: “A quienquiera que se haya formado en una ciencia natural, la economía le presenta unos rasgos muy extraños. El cómputo de estos rasgos extraños despierta la sospecha de cualquiera que se haya formado en una ciencia natural: ¿es la economía política realmente la más dura de las ciencias sociales?. Y, lo que es más importante, ¿Es una ciencia?”. A continuación, define la ciencia en términos de una función con diez argumentos a los que asigna una puntuación entre 0 y 10, llegando a la conclusión de que.. “la economía política merece un cinco como ciencia en una escala de cero a diez. Es pues, una semiciencia o protociencia con sectores de ciencia madura y otros de pseudociencia”.

En el Capítulo 9, que titula “¿Quo Vadis?” escribe lo siguiente: “El análisis metodológico que hemos hecho en los capítulos anteriores sugiere poner en práctica los consejos siguientes para sacar a la economía de su estanflación”. Enumera los ocho consejos y concluye con que: “Para terminar, me atrevo a decir que, si los economistas siguen los consejos impertinentes que acabo de darles, lograrán subir la calificación de su disciplina de un mero cinco a un ocho o acaso

más: lograrán convertirla de la semiciencia que es hoy en una ciencia cabal. Si no lo hacen se desprestigiarán del todo y el público hará caso de cualquier milagrero que prometa cuanto los economistas han sido incapaces de proveer: una economía vigorosa que dé pleno empleo y satisfaga las necesidades básicas de todos”.

- **Eichner (1983)**, indica que toda teoría científica debe someterse a cuatro contrastes, uno de tipo lógico y los otros tres de carácter empírico. El contraste de tipo lógico es el **contraste de Coherencia**, que consiste en determinar si las conclusiones aducidas se siguen lógicamente de los axiomas de los que se ha partido concluyendo así si los argumentos son internamente coherentes. ... Muchos economistas tienden a considerar este contraste como una condición suficiente de la validez de una teoría. Esa es la razón por la que tienden a favorecer el uso exclusivo de las matemáticas, un lenguaje especialmente apto para el análisis lógico. Pero está claro, que este test de coherencia es una condición necesaria pero nunca una condición suficiente. Al menos tres contrastes empíricos son necesarios para validar un sistema teórico. El primero de estos contrastes empíricos es el **contraste de Correspondencia**, que consiste en determinar si las conclusiones que se siguen de la teoría están confirmadas por las observaciones empíricas. Cuanto mayor sea la habilidad que tenga una teoría para anticipar lo que se observa empíricamente, mayor confianza se tiene en creer que la teoría explica la realidad empírica. El segundo de los contrastes empíricos es el **contraste de Abarcamiento**, que consiste en determinar si la teoría es capaz de dar cuenta de todos los hechos conocidos relacionados con la realidad objeto de estudio. Compara el modelo Tolomeico del universo con el modelo de Galileo. Por último, el **contraste de Parsimonia**, consiste en determinar si un elemento particular en la construcción de una teoría, incluyendo uno de sus supuestos subyacentes, es necesario para dar cuenta de lo observado empíricamente. A continuación, examina el núcleo del modelo neoclásico que, en microeconomía, parece concretarse en torno a los siguientes cuatro puntos: (1), un conjunto de curvas de indiferencia; (2), un conjunto de curvas isocuantas; (3), un conjunto de curvas de oferta con pendiente positiva para cada una de las empresas e industrias; (4), un conjunto de curvas de productividad marginal física de cada uno de los inputs, incluido el capital. Cuando pasa al nivel macroeconómico, añade otros dos elementos: (5), El modelo IS-LM de Hicks-Hansen, (6), la Curva Phillips. La conclusión a la que llega el autor tras analizar el sustento empírico del núcleo neoclásico es que “los seis elementos identificado sobre los que se sustenta el modelo neoclásico deben ser eliminados de los libros de

texto porque no han sido validados empíricamente”. A continuación, describe un los elementos de un programa alternativo, que llama post-keynesiano, y escribe.. “A cada uno de los elementos de la síntesis neoclásica previamente identificados como elementos sin ninguna validez empírica, la teoría post-keynesiana ofrece una formulación alternativa que todavía tiene que ser desacreditada en términos empíricos y que, verdaderamente, en algunos casos ya tiene un considerable apoyo empírico detrás de ella. En lugar de la metafísica que acompaña a las curvas de indiferencia sobre la que se apoya la teoría de la demanda neoclásica, la teoría post-keynesiana parte de unas elasticidades de la demanda con respecto al precio y la renta que los economistas son capaces de estimar empíricamente”. Similares comentarios hace Eichner con respecto a los otros cinco puntos sobre los que se apoyaba el programa neoclásico. Termina diciendo: “ La teoría post-keynesiana trata de proporcionar una explicación causal acerca de cómo un sistema económico real, con instituciones avanzadas, funciona. El análisis se sitúa en un tiempo dado con un pasado inmutable y con un futuro incierto, jugando ambos un papel relevante en la configuración del tiempo presente. Este enfoque contrasta con el ortodoxo, que abstrae no solamente la dimensión temporal sino también otros aspectos importantes de la realidad. La teoría ortodoxa se ocupa de la optimización más que de la explicación”. Por lo tanto, el programa dominante tiene serios problemas a la hora de valorar el soporte empírico recibido; Hay un programa alternativo que, parece, no presenta los problemas de contraste empírico que presenta el programa neoclásico y, sin embargo, la ortodoxia continua considerando a este programa alternativo como una línea secundaria. .... “suficientes argumentos se han dado para demostrar que, si los economistas no abandonan la teoría neoclásica pese a sus bien conocidos fracasos empíricos, la razón no es porque no haya un programa alternativo mejor que lo pueda reemplazar con el apoyo empírico necesario que permita distinguir que estamos ante un desarrollo científico y no ante una pieza de metafísica. La explicación debe estar en otro sitio”. La forma que esta explicación adopta puede encontrarse en los comentarios hechos por Eichner en la Sección dos de este capítulo.